

Homenaje

A LA SEÑORA CARMEN R. R. DE DIAZ.

No recordais la blanca, la dulce creatura
que Dante vió en el bosque surgir entre la espesa
obscuridad radiosa. Vuestra gentil figura
tiene el perfil gallardo de una ideal princesa.

Y así, por los zarzales de la vida, atraviesa
junto al valor heroico la angelical ternura;
y sois ramo de lirios que suavemente besa
los rastros del combate, prendido a una armadura.

El es todo firmeza; vos sois toda blancura;
su voluntad es hierro; vuestra bondad es pura
flor de virtud, que al hierro, para vivir se afianza;

Y mientras él medita sobre sus grandes cosas,
vos decoráis sus lauros con inmortales rosas
y le colmáis la vida de amor y de esperanza.

LUIS G. URBINA.



SEÑORA CARMEN ROMERO RUBIO VIUDA DE DIAZ.

Ultimo retrato del General Porfirio Díaz.

Los estragos de la Ingratitud y del abandono.

El último retrato del General Don Porfirio Díaz es la mejor historia que se puede hacer de la amargura de su destierro. Es todo un cuadro. En él se nota la figura marcial del paladín de Oaxaca enteramente desencantada y vencida. Ya no tiene el rostro imponente de un hombre que manda sino la faz angustiada de un ser que sufre. Su frente, antes soberana y tranquila, aparece semivelada por una profunda melancolía y muestra la misma majestad ultrajada de los últimos meses de María Antonieta. Su boca se cierra duramente con un rictus marcado de dolor, en tanto que sus ojos, aquellos ojos relampagueantes y dominadores que lloraban en otros tiempos sin que las lágrimas dejaran en sus párpados una sola huella de tristeza aparecen cansados, abatidos, con deseos vehementes de cerrarse para siempre.....

¡Que retrato tan conmovedor! Contemplándolo se evocan las grandes desventuras de la historia. Se piensa en el Emperador Carlos contemplando sus propios funerales desde el Monasterio de Yuste o en Bonaparte redactando su testamento en Sta. Helena. Pero la tristeza que evoca la efigie porfiriana es aún mucho mayor! Porque aquellos seres desventurados vieron sobrevivir a su Patria de la catástrofe que aniquiló sus últimas ilusiones, en tanto que Porfirio Díaz sintió la pesadumbre enorme de contemplar que después de su naufragio vino el naufragio de su amada nacionalidad.

Los últimos cuatro años de su vi-

da forman una elegía tremenda. Porfirio Díaz en 1911 dió su vida por terminada, y sin contestar las injurias de sus detractores, sin permitirse un solo desahogo, sin externar la más leve censura, sin balbutir siquiera una queja, pasó sus últimos días encarcelando en su propio pecho las hondas amarguras que lo consumían. Las lamentaciones del Rey Lear en la tragedia de Shakespeare sacuden el alma de espanto y de dolor; pero el silencio de Porfirio Díaz es más lastimero aún que aquella lamentaciones.

A pesar de sus errores, fué siempre un mexicano dedicado a su pueblo y a su raza. Por eso la destrucción de su país lo angustió tanto, que los honores que recibiera en las cortes Europeas, apenas si mitigaron un poco la inmensidad de su desconsuelo. Un día, se encontró casualmente por las calles de la capital francesa, con un viejo amigo a quién acompañaba el licenciado Miguel Díaz Lombardo, Ministro diplomático, enviado por sus adversarios a París. Fué presentado con éste, y el anciano ex-Presidente, tendiéndole la mano con dignidad y con sencillez le dijo: "un mexicano, a las órdenes de Ud., señor Ministro." Sí, un mexicano, un verdadero mexicano: eso fué el héroe del 2 de Abril hasta su muerte.

El gobierno francés, manifestó que no enviaba tropas a sus funerales, porque de hacerlo necesitaría descuidar la frontera mandando todo un cuerpo de Ejército; el general Díaz se merecía en su concepto, los honores

de un Mariscal de Campo. Pero etse homenaje grandioso, en lugar de amortiguar su tragedia, lo único que hace es acabarla de exacerbar: sólo es un pedestal grandioso, para que se destaque más su infortunio y su pesar.

Cuando se considera el abandono en que lo dejaron muchos de sus familiares y amigos, y sobre todo cuando se tiene en cuenta que los que más implacablemente lo combatieron son aquellos que más servilmente lo adularon, y que por una de esas ironías implacables del Destino cubren hoy con gorros frigos sus cabezas ton suradas de esclavos, entonces se nos figura que el atrida oaxaqueño, a semejanza del gallardo Acteón, fué condenado por los dioses a ser devorado por sus propios perros!

¡Pobre Anciano! Dedicó toda su existencia a la Patria, y ésta le premió como a Aristides, con el destierro, dió una paz absoluta y una dulce tranquilidad a quince millones de compatriotas y ninguno de ellos sostuvo su testa venerable en su abandonado lecho de muerte; convirtió un inculto erial de un millón doscientos mil kilómetros cuadrados en un huerto feraz e industrial en donde se sustentaba alegremente la dichosa República Mexicana; y hoy en ese huerto degenerado otra vez en erial y convertido en campo de matanza, no se le concede ni siquiera la migaja de dos metros cuadrados de tierra para que sus restos descansen tranquilamente en el ingrato suelo que tanto amó.